

otra. Y entonces, sin un ademán, sin gritar, como temiendo que se reuniera la gente, hablando á media voz, pero de un modo resuelto y terrible, le dijo durante un cuarto de hora, siempre en francés, todo cuanto la amante desdeñada, aquella triste esclava, puede decir á la sultana favorita, aquella reina dichosa.

Y le contó, con aquella superabundancia del furor que repite veinte veces las mismas cosas con distinto acento, la historia de entrambas, y la historia del hombre, y la historia de todos los hombres y de todas las mujeres, sazonándolo todo, debo decirlo, con las injurias más degradantes, más asquerosas y más obscenas.

Esto ocurre también á otras muchas que no son bailarinas callejeras. Aun entre las clases que se creen más altas y educadas, hay personas que hunden su cólera en el lenguaje de los mercados, como un carretero moja el látigo en el arroyo para que el chasquido sea más acerado.

Ante aquel desbordamiento de odio la joven sufría visiblemente. Estaba pálida y temblábanle los labios; pero no respondía.

Únicamente había puesto la mano derecha sobre la espalda del hombre profundamente dormido, y lo apretaba con movimiento regular, lento, discreto y suave mientras hablaba la vieja. Nada tan extraño como aquella especie de relato silencioso, lleno á un tiempo de respeto, de alarma, de angustia y de amor.

Por fin la bella logró su objeto, y el hombre se despertó. Volvióse bostezando y dijo en español: *¿Qué demonio de ruido hacéis, mujeres?*

Luego, incorporándose y mirando á la mujer: *Callate, vieja*. La anciana se calló.

El saltimbanquis entonces se puso de pie, apoyado en el bastón y escuchando con ademán de distraída

superioridad á la muchacha que, sin contestar á su pregunta, le dirigía no sé qué palabras afectuosas y descosidas.

Durante aquel tiempo pude considerarle á mi sabor. Podría tener como unos cuarenta y cinco años. Su semblante estaba tostado como el de un marinero. Por sus cejas fruncidas casi dolorosamente, adivinábase que había andado mucho en pleno medio día, bajo el ardiente sol. Era una de esas rudas y enérgicas fisonomías de pordioseros, cuyas pronunciadas y profundas facciones obligaban á Callot á emplear para sus aguafuertes el barniz duro de los fabricantes de instrumentos de cuerda.

Sin embargo, examinado bien, no había en el rostro de aquel hombre tanta degradación como en su traje. Transparentábase aún en él un no sé qué de enérgico y generoso. Evidentemente pertenecía, igual que las dos mujeres, á aquella sociedad subterránea que mina la sociedad visible y que vive en las zanjas. No obstante, á todo evento, preferiría la silvestre fisonomía de aquel titán sublevado, de aquel gladiador escapado, de aquel ladrón con perfil de león, vestido con una prenda de marqués y un pantalón de soldado, á la cara limpia y traidora de aquel libelista, declamador popular ó calumniador público, escritor-espía que se calienta en la sombra al agradable calor de una pensión secreta.

Es imposible describir el acento de cariño con que la joven hablaba al saltimbanquis. Ella le hablaba en francés y él respondía en español. Aquel diálogo bilingüe, incomprensible para los transeuntes berneses, no parecía cohibirles ni á uno ni á otra.

Por otra parte, había en las palabras de la bella vagabunda algo de extrañamente confuso que me impedía descifrar su origen. Su voz, graciosa é insinuante, algunos momentos era sorda y cascada (no

podéis imaginar con que pena escribo este detalle que revela, tal es mi temor, el uso del ron y del aguardiente; pero ¿qué queréis?, la verdad es inexorable, y sólo deseo ser verdadero).

Su lenguaje, ora grosero, ora educado, componíase de palabras recogidas en el arroyo y de palabras aprendidas en los salones. Figuraos una melindrosa descendiendo hasta la verdulera, el hotel de Rambouillet modificado por el figón, el cuerpo de guardia y la taberna.

Resultaba de ello el estilo más extravagante del mundo, pues era á la vez caló y jerigonza. Decía *un esbrouf* (1) como las gitanas de la feria de San Germán, y un *farimara* como las duquesas del pequeño Marly.

Comparada con su rival, era realmente una gran dama. Ni siquiera la hacía el honor de ocuparse de ella, y en todo cuanto decía al hombre no había una palabra para la vieja, ni una queja, ni un reproche.

No obstante, el personaje que nunca pierde ripio, el diablo, se aprovechaba allí como en todas partes. Era evidente que la encantadora favorita tenía la rabia en el cuerpo. De vez en cuando lanzaba á la otra una mirada al soslayo, y aquella mirada de unos ojos tan bonitos era casi feroz.

Y aquí añado, amigo mío, una observación que he hecho y que os permito aplicar á todos los leones y á todas las tórtolas del género humano. No hay además más bondadoso que el del león en reposo, ni hay además más maligno que el de una tórtola encolerizada.

Os suplico que no deis aquí á la palabra león (*lion*) el sentido ridículo que se le ha dado en París hace

(1) Seguramente del italiano *sbruffo*, buche, trago, sorbo, y probablemente igual sentido; pero en jerga culta tendrá la palabra *farimara*.

algunos años, moda deplorable y tonta, como la mayor parte de las modas inglesas, que deforma una de las más hermosas palabras de la lengua y que degrada á uno de los más nobles seres de la creación.

Sin embargo, al oír el *cállate, vieja*, del hombre, la otra se había quedado confusa y aielada, inmóvil, con los ojos clavados en el suelo, como si no escuchara, como si no oyera.

Con todo, á un cierto punto, como acertara á pasar un mozo de la posada por delante la puerta á pocos pasos de aquélla, le hizo seña de que se le acercara. En cuyo detalle la amante y feliz pareja no prestó la más mínima atención.

Acercóse el mozo, inclinándose junto á la gitana, quien le dijo algunas palabras al oído.

El mozo respondió con un signo de inteligencia y volvió á entrar en la posada.

Con ademán de profunda indiferencia, la vieja se entretuvo, con la punta de los dedos, en hacer y deshacer algunos pliegues en su falda, que, dicho sea de paso, era igual á la de la favorita. Unicamente que la falda de la muchacha era nueva y la de la anciana vieja.

En el hotel se oía rumor de platos y de cubiertos.

El hombre hizo seña á la niña de que se levantara.

—*Vamos. Ahora es menester entrar en la posada.*

—Sí, respondió aquélla, es la ocasión. Es la hora de la mesa redonda.

Y se levantó ligera como un pájaro.

—*¿Qué cantarás?*

—Aquella canción del valle de Luiz, ¿te parece?

—*Muy bien.*

Y recogió el plato de estaño. Tomó la espineta, colgándose al cuello á la bandolera, y volvióse á medias hacia la otra:

—¡Vas á quedar aquí, vieja!

Y ambos entraron en la fonda.

La mirada de la vieja volvió á caer al suelo y la mía á mi plato; y estaba terminando tranquilamente el almuerzo, cuando elevóse un canto en la vecina sala, larga estancia en donde comía ruidosamente la mesa redonda.

Aquel canto dulce, grave, ligeramente ronco, sostenido por una espineta más ronca todavía, era probablemente la voz de la muchacha.

Aun cuando la puerta estaba entreabierta, no comprendía las palabras, gracias al pantagruélico acompañamiento de cucharas y tenedores que las cubría.

Para decirlo de paso, jamás he visto sin cierto malestar á los pobres cantores ambulantes, esos parias de las tabernas y de los bodegones, deslizarse temblorosos y humildes por entre aquellos pandemonios de seres voraces y formidables ocupados en banquetear, y entregar sus pobres notas baritoneales ó sus débiles voces de contralto á merced de aquella ruidosa orquesta de vasos, de cuchillos, de platos y de botellas que tiene por maestro director aquel pingüe diablo panzudo, de ojos abiertos, de oídos embotados y de dientes afilados que llaman apetito.

Me hallaba, pues, absorto en melancólicas reflexiones, cuando de pronto el alegre rumor de la mesa redonda se transformó en un tumulto extraordinario.

Calló el canto, el choque de vasos y platos terminó bruscamente, y no sé qué espantoso tumulto le sucedió.

Figuraos mil exclamaciones, un rumor de voces, de pasos, de golpes dados y recibidos, de sillas derribadas, de mesas removidas, de vajillas rotas, una muchedumbre que se acomete, mozos que tropiezan,

una casa de locos, un temporal deshecho; en una palabra, lo que los milaneses tan bien denominan, en su pintoresco dialecto: *barataclar per ca*.

Este grito: ¡*Ein dieb!* ¡*Ein dieb!*!, dominaba el tumulto.

Lleno de sorpresa, me levanté y me dirigí á la sala de donde venía el tumulto.

En aquel momento mis ojos, que vagaban maquinalmente por la plaza, se detuvieron en la vieja.

Confieso que no di un paso más.

Aquella mujer estaba transfigurada. Se había levantado, estaba de pie, escuchaba ávidamente el rumor, y clavaba en el albergue una mirada fulminante, terrible, casi hermosa, impregnada de cólera, de odio y de alegría.

Luego la llama que resplandecía en sus ojos se apagó de pronto. La expresión de su semblante, poco transparente como el de todos los ancianos, púsose sombría y glacial.

La multitud que salía de la casa apareció en la puerta de la posada. Yo me asomé para ver.

Era una aglomeración de personas de todas clases, mozos, criadas, viajeros con la servilleta en la mano, muchachos, mujeres, rodeando, entre un torbellino de gestos y de gritos, á un hombre y una mujer que forcejeaban.

El hombre era el saltimbanquis, la mujer era la hermosa.

El hombre, sujeto por el cuello por siete ú ocho vigorosos puños, se defendía contra todos; pero con la expresión más tranquila, más animosa y más indiferente. Iba andando, pero resistiéndose.

En cuanto á la pobre niña, pálida, desgredada, brutalmente sacudida y registrada por cinco ó seis mozos de cuadra, con sus alhajas arrancadas, su cuello desgarrado, lloraba, hablaba con voz suplicante, y

debo decir que se defendía con toda la confusión de la inocencia.

Habían intervenido ya en aquel escándalo algunos agentes de policía venidos de no sé dónde; pues es propio de esas gentes surgir bruscamente del subsuelo. Un ladrón torpe da un golpe en tierra con el tacón, y sale un gendarme.

Observé que el mozo que sujetaba el brazo de la joven era el mismo á quien la vieja había hablado en voz baja.

En cuanto á la vieja, no se meneaba. Miraba sin proferir palabra como se llevaban á sus dos compañeros. Estaba convertida en estatua.

Al pasar por delante de ella, el hombre le gritó: *¡Vete, mujer!*

Un momento después todo aquel revuelto grupo, los dos presos, los criados del albergue, los agentes de policía y los transeuntes habían desaparecido tras de la esquina de la casa.

—¿A dónde van?, pregunté á un muchacho que se había acercado á mí.

Y me respondió:

—A la cárcel.

Y ahí va la explicación que me dió el mismo muchacho.

Mientras la hermosa niña estaba cantando de pie al extremo de la mesa redonda, con los ojos levantados al cielo, un doméstico del hotel—el mismo, me dijo el muchacho, que le sujetaba el brazo al salir,—había observado detrás de ella, en la penumbra de un aparador donde los reposteros dejaban los postres, una cierta cantidad de pimienta y de sal esparcida por el suelo. De vez en cuando el hombre que acompañaba el canto con la espineta se apoyaba como fatigado en aquel aparador. El doméstico habló al dueño del hotel, de aquella pimienta y aquella sal. Se inspeccionó la vajilla de plata.

Había desaparecido un gran salero de plata.

Inmediatamente el doméstico se había arrojado sobre la hermosa cantatriz, gritando:

—¡Registrad á esta mujer!

A pesar de su resistencia y de la del hombre, la habían registrado, y en un bolsillo oculto debajo los anchos pliegues de su falda, habían encontrado el salero.

De ahí aquel tumulto, aquellos gritos: *¡ein dieb!*, aquella aparición de la policía, y aquella prisión por desenlace.

Tal vez os reiréis de mí, amigo mío; pero aquella aventura me oprimió el corazón.

Yo era el único que conocía el secreto.

Para todo el mundo, para los propios prisioneros, no se trataba más que de un robo castigado; para mí era un drama. Por amor había robado aquella niña, y por los celos era castigada. Era para mí evidente que la vieja había denunciado de antemano á su rival á aquel mismo criado que, pocos momentos después, había observado la sal derramada, había registrado á la cantatriz y la había conducido á la cárcel.

Sombria historia, trivial en apariencia, poética en el fondo; burlesca, si queréis, por la baja condición de los personajes; trágica, á mi ver, por la grandeza de las pasiones.

Sea lo que fuere, á pesar del caritativo aviso del hombre, víctima suya sin saberlo, de: *¡vete, mujer!*, la vieja se quedó allí.

Ya no triunfaba; sus vidriosos ojos se habían puesto horribles y tristes; el sabor que deja la venganza es amargo.

Hallábase aun en el mismo sitio, cuando un corto pelotón de soldados, mandados por un jefe de policía y acompañado por una nube de pilluelos, apareció y la rodeó súbitamente. Los soldados se apoderaron de

la jaula, arrancaron la bandera é intimaron á la vieja á que se pusiera en medio de ellos.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y obedeció sin proferir una sílaba.

No obstante, los rapazuelos, alegres y desenfrenados en torno suyo, la ensordecían con sus clamores y sus silbidos, y uno de ellos, el mayor, que sabía algunas injurias en francés, la perseguía con ese inexplicable encarnizamiento de la infancia, tan buena cuando es buena, y tan cruel cuando es cruel.

La egipcia soportó al principio aquella afrenta con ademán de desdén; pero de pronto, saliendo de entre los estupefactos soldados y avanzando tres pasos á través de los muchachos, dijo al mayor con su voz de osifraga, extendiendo el brazo:

—*¡Mira tu horca!*

Y permaneció en esa actitud algunos instantes.

Aun no me había fijado en la alta estatura de aquella mujer. Vestida de negro, flaca, pálida, erguida entre aquellos niños y con el brazo extendido, era la propia figura de una horca viviente.

Los soldados volvieron á asirla, los muchachos multiplicaron sus risas y su gritería, y un minuto después había desaparecido, junto con los demás, tras la esquina de la casa.

IV

POR EL CAMINO DE AIX LES BAINS

24 de septiembre, á las 7 de la mañana.

A lo lejos, en las ásperas y verdes cimas del Jura, los lechos amarillos de los torrentes secos dibujaban por todas partes YY.

¿Habéis observado cuán pintoresca es la Y y cuán innúmeros son sus significados? El árbol es una Y; la convergencia de dos carreteras es una Y; la confluencia de dos ríos es una Y; una cabeza de borrico ó de buey es una Y; una copa sobre su pie es una Y; un lirio sobre su tallo es una Y; un hombre suplicante que levante los brazos es una Y.

Por lo demás, esa observación puede extenderse á todo lo que constituye elementalmente la escritura humana. Todo cuanto hay en la lengua demótica ha sido vertido por la lengua hierática. El jeroglífico es la razón necesaria del carácter. Todas las letras fueron primeramente signos, y todos los signos fueron primeramente imágenes.

La sociedad humana, el mundo, el hombre entero